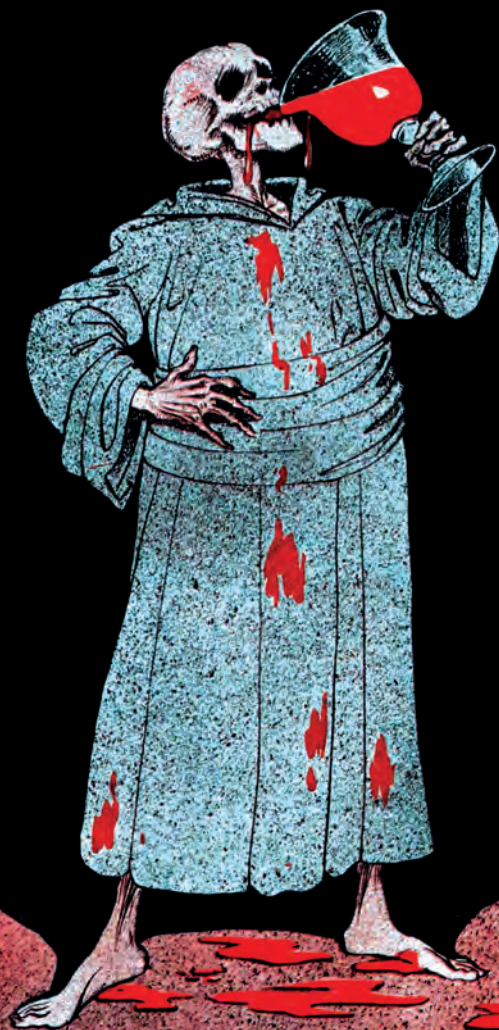


Manuel González Prada

LAS DOS PATRIAS

Antología contra las fronteras y el militarismo



Editorial
Eleuterio



MANUEL GONZÁLEZ PRADA | LAS DOS PATRIAS
BIBLIOTECA DE DIVULGACIÓN ANARQUISTA #6



Manuel González Prada nació en Lima el año 1844, en medio de una vieja familia aristocrática. Su temperamento lo convirtió tempranamente en poeta, labor que ejerció notablemente en el Perú a lo largo de su vida. No obstante, serán sus artículos periodísticos y sus mordaces discursos públicos los que se plasmarán como una huella de fuego en la memoria cultural de su país y del continente. La derrota de la Guerra del Pacífico despertó a un furioso combatiente, firme opositor de todo lo decadente y degenerado que corrumpía a su país. Sus obras clásicas, *Páginas libres* (1894) y *Horas de lucha* (1908) reúnen con intensidad esta admirable actitud. Escribió también numerosos ensayos y artículos que aparecieron en periódicos como *Germinal* y *Los parias* y que póstumamente fueron editados por su hijo, Alfredo González Prada y el intelectual peruano Luis Alberto Sánchez. En 1918 murió siendo director de la Biblioteca Nacional, único cargo público que aceptó.

MANUEL GONZÁLEZ PRADA

LAS DOS PATRIAS

Antología contra las fronteras
y el militarismo



GONZÁLEZ PRADA, MANUEL

Las dos patrias. Antología contra las fronteras y el militarismo

1a ed. – Santiago de Chile: Editorial Eleuterio, 2016.

76 pp.; 12,5x18,5 cms.

.....

IMAGEN DE CUBIERTA:

"To your health, civilization" (1916), de Louis Raemaekers

EDICIÓN:

Grupo de Estudios J. D. Gómez Rojas

PROYECTO GRÁFICO:

Artes Gráficas Cosmos

EDITORIAL ELEUTERIO

Salvador 1319, Providencia

Santiago de Chile.

<http://eleuterio.grupogomezrojas.org/>

eleuterio@grupogomezrojas.org



Copyleft. Este libro no tiene ningún derecho reservado. Se invita a su reproducción y difusión a través de todos los medios posibles.

Los hombres de nacionalidad distinta
y de sentimientos y aspiraciones
iguales son como bosques de árboles
gigantescos: tienen separados los
troncos, pero confunden sus raíces
y entrelazan sus copas: se juntan por
lo más profundo y lo más elevado.

MANUEL GONZÁLEZ PRADA

NOTA PRELIMINAR

El artículo titulado *Las dos patrias* y que da nombre a este libro, escrito hace aproximadamente un siglo, describe la idiosincrasia chilena tal como la podemos observar el día de hoy: fatalmente separada por un abismo, donde la mayoría, empobrecida, ha perdido todo contacto con el mundo y las libertades de unos pocos. La distancia descrita es tan grande, que se recalca, por milésima vez, que por justicia la mayoría no recibe más que marginación, opresión y violencia ¿Qué patria puede ser esa que discrimina tan duramente a sus hijos? Manuel González Prada afirma enérgico: una farsa grosera y alucinante. Chile es, a sus ojos, la clara expresión de una sociedad terriblemente dividida. El individuo común y corriente, cuando se alza contra los atropellos e iniquidades de las que es tradicionalmente víctima, por medio de la fuerza es “regresado” a su lugar, a su condición disminuida y opaca, primero atemorizado y después en conformidad. En la matanza obrera de 1907, en Iquique, se confirmó una vez más la “ferocidad del poseedor chileno” para corromper y aplastar sin miramientos a sus trabajadores. Es por ello que hasta el día de hoy, no hablan con honestidad los que con conocimiento de causas afirman que el escudo patrio defiende las libertades de todos los chilenos; su lema se ha

aplicado muchísimo más contra su propio pueblo que contra otros enemigos. Y una de las paradojas que expresa esto continuamente es el trato brutal que ha dado a las sociedades originarias, precisamente “la otra parte” de su pueblo.

El pensamiento de Manuel González Prada, por el significativo contexto vital que lo envuelve, nos es muy útil para apreciar estas contradicciones. De aristocrático y solitario poeta devino en combatiente de la guerra contra Chile en 1879, pero luchó en ella sólo para presenciar una desastrosa derrota, cuyo peso le estremeció de forma radical. Tras el fin de la ocupación de Lima, emergió de su duro retiro convertido en furibundo y tenaz acusador de toda la decadencia que había arrastrado a su nación a la ruina. De un círculo de literatos formó un partido político, con enérgico temperamento hizo de su arte un arma de lucha social, y acometió a través de agudos artículos periodísticos y severos discursos. La grave crisis que sacudió a su sociedad lo hizo reaccionar con vigor, convirtiéndose en el primer gran crítico de todas las mentiras y contradicciones establecidas del Perú y, comentan algunos, de América; él mismo calificó su compromiso político-literario desde ese momento como de “propaganda y ataque”, es decir, vitalizar espíritus con nuevas virtudes y denunciar las fuentes de su fatal descomposición. De aquí tal vez la más célebre y polémica frase con que se le recuerda en su país: “¡Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra!”.

Su labor como crítico social lo llevó a plantear por primera vez discusiones que tendrán amplia trayectoria en el siglo xx, como lo son la cuestión del obrero y del indígena en el Perú. Él mismo reconoció que su nación no la conformaba su élite social, sino las poblaciones de indios que

mayoritariamente la habitan, y que el origen de la precariedad que sufren no es racial, sino arbitrariamente económico. Y es a esta nación, debilitada moral y materialmente por la derrota y el oportunismo de sus gobernantes, a la que se dirige solidariamente para denunciar sus injusticias, y en el mejor de los casos, orientar.

En un primer momento, dentro de la evolución de su pensamiento, González Prada toma una posición de revancha patriótica contra el enemigo extranjero que había ultrajado a su país, pero sus críticas y observaciones decantarán lentamente en propagar la revancha al poderoso, allí donde se encontrase, y en defender al oprimido y al marginado de todo lugar y momento. Su anarquismo es el resultado de toda una trayectoria vital, que se expresa en los últimos años de su vida de forma explícita, como la depuración de una sostenida crítica a la cultura de su tiempo.

Los textos reunidos aquí condensan diferentes observaciones de Manuel González Prada sobre el conflicto con Chile, las fuerzas armadas, la división social y el patriotismo, desde la primera época de *Páginas libres*, hasta los últimos años de su vida. Como su actividad poética jamás decayó, hemos querido agregar dos de sus poemas que apologizan el cosmopolitismo y la concordia universal, tanto para abarcar todo el período evolutivo de su pensamiento, como para conmemorar estas nuevas “fiestas patrias” oyendo la impetuosa voz de un hermano espiritual de todos los habitantes del mundo.

GRUPO DE ESTUDIOS JOSÉ DOMINGO GÓMEZ ROJAS
Septiembre de 2016. Santiago de Chile.

COSMOPOLITISMO

¡Cómo fatiga y cansa, cómo abruma
El suspirar mirando eternamente
Los mismos campos y la misma gente,
Los mismos cielos y la misma bruma!

Huir quisiera por la blanca espuma
Y al sol lejano calentar mi frente:
¡Oh, si me diera el río su corriente!
¡Oh, si me diera el águila su pluma!

Yo no seré viajero arrepentido
Que al arribar a playas extranjeras,
Exhale de sus labios un gemido.

Donde me estrechen generosas manos,
Donde me arrullen tibias Primaveras,
Ahí veré mi patria y mis hermanos.

PERU Y CHILE¹

El Perú no sufrió calamidad más desastrosa que la guerra con Chile. Las campañas de la Independencia y la segunda lucha con España nos costaron preciosas vidas y grandes sacrificios; pero nos dieron vida propia, nombradía y levantaron el espíritu nacional. El 9 de diciembre nacimos, el 2 de mayo crecimos, nos agigantamos.

Es que, en 1824 y 1866, no sufrimos el empequeñecimiento de la derrota. La sangre derramada en los campos de batalla, los capitales destruidos en el incendio, las riquezas perdidas en el saqueo de las poblaciones, muy poco significan en comparación de los males que inficionan el organismo de las naciones vencidas. El perjuicio causado por nuestro vencedor no está en los asesinatos, en las devastaciones ni en las rapiñas: está en lo que nos deja y nos enseña.

Chile se lleva guano, salitre y largos jirones de territorios; pero nos deja el amilanamiento, la pequeñez de espíritu, la

1. Artículo escrito durante una etapa profundamente revanchista de la obra del autor, a raíz de la guerra de 1879-1883. Forma parte de *Páginas libres*, clásica selección de discursos y artículos, y que fue publicada en Francia durante el 1894.

conformidad con la derrota y el tedio de vivir modesta y honradamente. Se nota en los ánimos apatía que subleva, pereza que produce rabia, envilecimiento que mueve a náuseas.

Chile nos enseña su ferocidad araucana. En la última contienda civil¹ nos mostramos crueles hasta la barbarie, hicimos ver que el roce con un enemigo implacable y sanguinario había endurecido nuestras entrañas. Brotaron, de no sabemos dónde, almas en cólera o fieras desconocidas en la fauna peruana. La ingénita mansedumbre del carácter nacional tuvo regresiones a la fiera primitiva. En la nación magnánima (donde las discordias civiles terminaron siempre con el olvido para los errores comunes y la conmiseración para el hermano caído) queda hoy, después de la lucha, el odio de enemigos vascuences², el rencor de tigre a tigre. Rencor y odio que deberíamos reservar para el enemigo de todos, los atizamos contra nosotros mismos. De nuestro sueño cataléptico despertamos para sólo esgrimir los puños y lanzarnos imprecaciones de muerte.

Es que en el comercio íntimo, en el trato duradero y en la conquista secular, se opera fusión de razas con arraigamiento de vicios y virtudes; mientras en la invasión destructora y violenta, vencido y vencedor olvidan las virtudes propias y adquieren los vicios del extraño. Los pueblos más civilizados ocultan su reverso salvaje y bestial: en la guerra se verifica el choque de hombre contra hombre por el lado bestial y salvaje.

1. Se refiere a la guerra civil que entre 1884 y 1885 estalló dentro del Perú tras la derrota de la Guerra del Pacífico y que enfrentó al alto mando militar, liderado por Andrés Bello Cáceres y Miguel Iglesias (N. de E).

2. Alusión al origen vasco que se atribuye a gran parte de los chilenos (Nota Editorial Ayacucho).

Si el Perú se contagió con la ferocidad araucana, Chile se contaminó con el virus peruano. El contacto de ambas naciones recuerda el abrazo de Almanzor, un medio de comunicarse la peste. Nadie ignora que nuestro vencedor de ayer se ve atacado ya por el cáncer de la más sórdida corrupción pública: las prensas de Santiago y Valparaíso lo dicen a todas horas y en todos los tonos. Chile retrata hoy al Perú de la *Consolidación* y del *Contrato Dreyfus*: entra por el camino que nosotros seguíamos, será lo que fuimos. El mendigo que hace poco se llamaba feliz con la raja de sandía y el puñado de porotos, se ahitará mañana en los opíparos festines del magnate improvisado. Con facilidad se vuelve pródigo el tahúr que entra pobre a la casa de juego y sale rico por un golpe de fortuna¹.

Pero no veamos una compensación de nuestras calamidades en la corrupción política de nuestro enemigo, ni pensemos abandonarle nuestra riqueza y nuestro territorio como un presente griego, ni creamos que en su organismo acabamos de inocular un germen de muerte prematura.

Chile, con todas sus miserias, nos vencerá mañana y siempre, si continuamos siendo lo que fuimos y lo que somos. Rodeado con el prestigio de sus victorias, posee crédito; así que en toda guerra tendrá dinero, y con el dinero, soldados y buques, rifles y cañones, amigos y espías.

De loco debe tacharse al pueblo que para robustecerse no abriga más esperanza que la debilitación de los pueblos limítrofes. Ver encorvarse al vecino ¿equivale a crecer noso-

1. Alusión al Tratado de Ancón que en 1883 estipulaba el fin de toda hostilidad entre ambas repúblicas, a cambio de la cesión perpetua del departamento de Tarapacá a Chile, entre otras exigencias (N. de E).

tros? Ver sangrar un enemigo ¿da una gota de sangre a nuestras venas? El decaimiento de Chile debería regocijarnos, si el nuestro cesara o fuera menor, si en tanto que él se achica nosotros creciéramos; pero sucede que mientras Chile decrece en progresión aritmética, nosotros lo hacemos en progresión geométrica. La fuerza de las naciones se oculta en ellas mismas, viene de su elevación moral. La luz del gas que arde a nuestros ojos, irradia los rayos del Sol almacenados en las entrañas de la Tierra; el hombre que nos deslumbra con su generosidad o su heroísmo, descubre las virtudes incubadas lentamente al calor de una buena educación.

II

De veinte años a la fecha, desde las victorias de Prusia, el mundo europeo tiende a convertir sus hombres en soldados y sus poblaciones en cuarteles. A la plaga de los individuos —el alcoholismo— responde la peste de las naciones —el militarismo—. Nadie se pregunta si habrá conflagración universal, sólo se quiere adivinar quién desenvainará la espada, dónde será el campo de batalla, qué naciones quedarán arrolladas, pisoteadas y pulverizadas. Todos aguardan la crisis suprema, porque saben que los bebedores de sangre sufren también sus ataques de *delirium trémens*.

Chile, con el instinto de imitación, natural a los pueblos juveniles, remeda el espíritu guerrero de Alemania y enarbola en América el estandarte de la conquista. El Imperio Alemán apresó con sus garras de águila Alsacia y Lorena; Chile cogió con sus uñas de buitres Iquique y Tarapacá, y, para ser más que Alemania, piensa coger Arica, Tacna y acaso el Perú entero.

Entre tanto ¿qué hacemos nosotros? Viviendo en la región de las teorías, olvidamos que los estados no se rigen por humanitarismo romántico ni ponen la mejilla izquierda cuando reciben una bofetada en la derecha; olvidamos que ante la inmolación de un pueblo todos observan una prudencia egoísta, cuando no cubren de flores al vencedor y abruman de ignominias al vencido; olvidamos, por último, que en las relaciones individuales los hombres menos civilizados conservan un resto de pudor social y guardan las apariencias de guiarse por la filantropía, mientras en la vida internacional las naciones más cultas se quitan la epidermis civilizada y proceden como salvajes en la selva.

Nosotros no caímos porque las guerras civiles nos debilitaran o nos esquilmaran. Luchas más desgarradoras y tenaces que las nuestras sostuvieron la Argentina, Venezuela, Colombia y particularmente México. Caímos porque Chile, que veía mientras Perú duerme, nos sorprendió pobres y sin crédito, desprevenidos y mal armados, sin ejército ni marina.

¡Ojalá hubiéramos pasado por algunas de aquellas revoluciones radicales que remueven de alto abajo la sociedad y la dividen en dos bandos sin consentir indiferentes o egoístas! Desgraciadamente, como las tempestades en el Océano, todas nuestras sediciones de cuartel se deslizaron por la superficie sin alcanzar a sacudir el fondo.

Si las sediciones de pretorianos denuncian decadencia, los continuos levantamientos populares manifiestan superabundancia de vida. Las naciones jóvenes poseen un sobrante de fuerza que dirigen contra su propio organismo cuando no lo emplean en la agricultura, la industria, las artes o la conquista. Los pueblos se agitan para su bien, como los niños

saltan y corren para lubricar sus articulaciones y desarrollar sus músculos. Las guerras civiles sirven de aprendizaje para las guerras exteriores: son la gimnasia de las naciones. Santas las llamó Joseph de Maistre, y Chateaubriand sostuvo que retemplaban y regeneraban a los pueblos.

Nuestro enemigo nos aventajó en su espíritu práctico y hasta en la humildad que le hizo buscar la luz en todas partes y aceptar el bien viniera de donde viniera. Extranjeros reformaron sus universidades, extranjeros redactaron sus códigos, extranjeros arreglaron su hacienda pública, extranjeros le adiestraron en dirigir contra nosotros la puntería de los cañones Krupp.

Nosotros procedimos en sentido inverso: figurándonos que nuestro empirismo semiteológico y semiescolástico era el *summum* de la sabiduría, cerramos el paso a todo lo que no fuera exclusivamente nacional y nos entregamos ciegamente a la iniciativa de nuestros hombres. Y ¿qué tuvimos? Lo de siempre: buenos sabios que de la instrucción pública hicieron un caos, buenos hacendistas que nunca organizaron un solo presupuesto, buenos diplomáticos que celebraron convenciones funestas, buenos marinos que encallaron los buques y buenos militares que perdieron las batallas.

Hoy mismo, después del tremendo cataclismo, nos adormecemos en la confianza, olvidamos que Chile nos daría mil vidas para deleitarse en quitárnoslas una por una, y seguimos educando a la juventud, no para hombres que han de luchar en los campos de batalla, sino para funcionarios pasivos que han de anquilosar sus articulaciones entre los cuatro muros de una oficina. Continuamos con todas nuestras preocupaciones de casta y secta, con todas nuestras pequeñeces de campanario. Si persona extraña viene a

ofrecemos luz o a querer inocularnos el fermento de la vida moderna, nos sublevamos en masa, nos creemos ofendidos en el orgullo nacional, y llamamos dignidad herida a lo que en todas partes se nombra ignorancia presuntuosa y desvergonzada. Cuando pluma extranjera censura nuestros vicios sociales o descubre las miserias de nuestros hombres públicos, estallamos de ira y pregonamos a la faz del mundo que en los negocios del Perú deben mezclarse únicamente los peruanos, que nuestros hombres públicos no pertenecen al tribunal del género humano, sino a la jurisdicción privativa de sus compatriotas... Afirmaciones de topo que nada concibe más allá de la topera, exclusivismos de infusorio que limita su radio visual a la gota de agua.

III

Nada tan hermoso como derribar fronteras y destruir el sentimiento egoísta de las nacionalidades para hacer de la Tierra un solo pueblo y de la Humanidad una sola familia. Todos los espíritus elevados y generosos convergen hoy al cosmopolitismo, todos repetirían con Schopenhauer que “el patriotismo es la pasión de los necios y la más necia de todas las pasiones”. Pero, mientras llega la hora de la paz universal, mientras vivimos en una comarca de corderos y lobos, hay que andar prevenidos para mostrarse corderos con el cordero y lobos con el lobo.

Tenemos que cerrar el paso a la conquista y defender palmo a palmo nuestro territorio, porque la patria no es sólo el pedazo de tierra que hoy bebe nuestras lágrimas y mañana beberá nuestra sangre, sino también el molde especial en que se vacía nuestro ser, o mejor dicho, la atmósfera

intelectual y moral que respiramos. Tanto debe el hombre al país en que nace, como el árbol al terreno en que arraiga. Conquistarnos equivale a modificar súbitamente nuestro modo de existir, a sumergirnos en otro medio ambiente para condenarnos a la asfixia.

Y no todo se reduce a nuestro mezquino interés personal. Gozamos de las propiedades nacionales como se goza de un bien usufructuario: si de nuestros padres heredamos un territorio grande y libre, un territorio grande y libre debemos legar a nuestros descendientes, ahorrándoles la afrenta de nacer en país vencido y mutilado, evitándoles el sacrificio de recuperar a costa de su sangre los bienes y derechos que nosotros no supimos defender a costa de la nuestra. Nada tan cobarde como la generación que paga sus deudas endosándolas a las generaciones futuras.

Ideas más nobles obligan también a repeler todo ataque y vengar todo atropellamiento. “Sufrir una injuria es dar alas a la violencia y contribuir cobardemente al triunfo de la injusticia. Si el derecho vulnerado cediera sin resistir, el mundo caería muy pronto en garras de la iniquidad.”¹

Los hombres de ayer, que olvidaron todo eso, desfilan a nuestros ojos, sofocando en su pecho la voz del remordimiento y queriendo borrar de su frente las indelebles manchas de lodo y sangre; los hombres de hoy seremos execrados por la generación de mañana, si no damos a nuestros músculos vigor para herir y a nuestro cerebro luz para saber dirigir el golpe.

1. Louis Ménard, *La moral avant les philosophes*. Louis Ménard (1822-1901) fue un poeta y pintor francés relacionado con la famosa escuela de Barbizon, durante la época de las revoluciones liberales del 1848 en Francia (N. de E).

Necesitamos verificar una evolución para adaptarnos al medio internacional en que vivimos. Por carácter, por la benignidad del clima, por la riqueza del país, por la facilidad de vivir holgadamente con poco trabajo, somos pacíficos, anticonquistadores, amigos del reposo y refractarios a la emigración. Por nuestra posición geográfica, rodeados del Ecuador, el Brasil, Bolivia y Chile, condenados fatalmente a ser campo de batalla donde se rifen los destinos de Sud América, tenemos que transformarnos en nación belicosa. El porvenir nos emplaza para una guerra defensiva. O combatientes o esclavos.

Cierto, el querer caprichoso no basta para crear instintos nacionales o improvisar acontecimientos; pero la voluntad, firme y guiada por la Ciencia, logra modificar el mundo externo, variar lentamente la condición moral de las sociedades y convertir al hombre en la verdadera Providencia de la Humanidad. Hay animal submarino que, a falta de ojos, adquiere antenas para caminar a tientas en las profundidades tenebrosas, y ¡un pueblo hundido en el oprobio de la derrota no puede crearse pasiones para odiar ni fuerzas para vengarse!

La evolución salvadora se verificará por movimiento simultáneo del organismo social, no por simple iniciativa de los mandatarios. ¿Por qué aguardar todo de arriba? La desconfianza en nosotros mismos, el pernicioso sistema de centralizar todo en manos del Gobierno, la manía de someternos humildemente al impulso de la capital, influyeron desastrosamente en la fortuna del país. Especie de ciegos acostumbrados al lazarillo, quedamos inmóviles al sentirnos solos. Cuando en la guerra perdimos Lima, nos encontramos sin ojos, sin cerebro, como decapitados. En la nación

bien organizada el pueblo no vive como el pasajero que descansadamente dormita en su camarote y de cuando en cuando abre los ojos para saber por curiosidad el número de leguas recorridas: por el contrario, todos mandan, todos trabajan, todos velan, porque hacen a la vez de capitán, de tripulación y de pasajeros.

IV

Hay un valor que en los lances supremos conduce al sacrificio, y otro valor que en la existencia diaria se ciñe al cumplimiento de vulgares deberes. No necesitamos ahora del valor poético y acaso fácil porque sólo requiere un momento de resolución; necesitamos, sí, del valor prosaico y acaso difícil porque exige constancia en el trabajo y conformidad en la medianía. Morir violentamente, a la luz del Sol, entre el aplauso de la muchedumbre, causa menos amargura que perecer lentamente en la oscuridad y silencio de una mina.

Estamos caídos, pero no clavados contra una peña; mutilados, pero no impotentes; desangrados, pero no muertos. Unos cuantos años de cordura, un ahorro de fuerzas, y nos veremos en condiciones de actuar con eficacia. Seamos una perenne amenaza, ya que todavía no podemos ser más. Con nuestro rencor siempre vivo, con nuestra severa actitud de hombres, mantendremos al enemigo en continua zozobra, le obligaremos a gastar oro en descomunales armamentos y agotaremos sus jugos. Un día de tranquilidad en el Perú es una noche de pesadilla en Chile.

Hablar de revancha inmediata, de próxima reivindicación a mano armada, toca en delirio; lo seguro, lo cuerdo, estriba en apercibirse para la obra de mañana. Trabajemos

con la paciencia de la hormiga, y acometamos con la destreza del gavilán. Que la codicia de Chile engulla guano y salitre; ya vendrá la hora de que su carne coma hierro y plomo.

Dejemos a otros el soñar reivindicaciones sin combates o evoluciones sin víctimas, y pensemos que lo malo no está en derramar sangre, sino en derramarla infructuosamente. Los pueblos no cuentan con más derechos que los defendidos o conquistados con el hierro; y la libertad nace en las barricadas o campos de batalla, no en protocolos diplomáticos ni ergos y distingos de Salamanca.

Digan lo que digan ilusos y sentimentales, quien vence, vence. El vencedor, aunque pulverice al vencido y cometa delitos de lesa humanidad, deslumbra y seduce al mundo. En la mascarada de la Historia, todo crimen con la aureola del buen éxito se conquista el nombre de virtud.

Si algo cuesta salir vencido, respondan los habitantes de Iquique y Tarapacá, condenados a vivir de huéspedes en su propia casa; respondan los de Arica y Tacna, destinados a esperar dudoso rescate, como navegantes cautivos por piratas argelinos.

Nosotros, que vemos el Sol sin que nos dé sombra la figura del invasor, no alcanzamos a imaginar la reprimida cólera de los peruanos sometidos a la dominación de Chile. Ellos confían y esperan en nosotros. No hablan; pero en silencio nos tienden los brazos, en silencio vuelven los ojos hacia nosotros, en silencio paran el oído aguardando escuchar el rumor de nuestros pasos. Como la Polonia de Víctor Hugo, las poblaciones del Sur esperan y esperan, y nadie va.

Y ¿quién ha de ir? Antes que nosotros vayamos hacia ellas, alguien regresará contra nosotros. Chile no olvida el camino del Perú, volverá. Y sus venidas son de temerse, por-

que recuerdan las invasiones de los hunos y las *razzias* de los árboles: él destruye todo lo inmueble, desde la casa del rico hacendado hasta la choza del pobre indio; él traslada a Santiago todo lo mueble, desde el laboratorio de la escuela hasta el urinario de la plaza pública. Quien fabrique una habitación, trabaje una mina o siembre un campo, debe pensar que fabrica, trabaja o siembra para Chile. La madre que se regocija con su hijo primogénito, debe pensar que ha de verle acribillado por balas chilenas; el padre que se enorgullezca con su hija predilecta, debe pensar que ha de verla violada por un soldado chileno.

Mientras se desgalgue la segunda invasión, atengámonos a ver en todas nuestras cuestiones financieras o internacionales la solapada intervención de Chile, cuando no la injerencia escandalosa y las órdenes conminatorias. Resuelto el problema de Arica y Tacna, suscitará nuevas complicaciones para mantenernos en continuo jaque; y el día que aparente olvidarnos o finja sentimientos benévolos, será cuando piense más en nosotros y fragüe mayores perfidias en nuestro daño. No satisfecho con habernos herido y expoliado ni con hacernos sentir a cada momento la humillación de la derrota, Chile buscará frívolos achaques para denigrarnos y acometernos, porque persigue la obra sistemática y brutal de imprimirnos en la cara un afrentoso estigma, de clavar-nos un puñal en el corazón.

LAS DOS PATRIAS¹

Liebknecht dijo: “En el mundo no hay sino dos patrias: la de los ricos y la de los pobres”. Se puede afirmar, también, que en toda nación, sea cual fuere su grado de cultura y su forma de gobierno, sólo existen dos clases sociales bien definidas: la de los poderosos y la de los desposeídos. Como el dinero suele separar a los hombres más que la raza, no se carece de razón al asegurar que el pobre es el negro de Europa.

Esa gran división de clases no dejamos de palparla en nuestra América republicana, donde las familias acaudaladas van constituyendo una aristocracia más insolente y más odiosa que la nobleza de los Estados monárquicos: a fuerza de advenedizos, nuestros falsos aristócratas llevan a tal grado la presunción y el orgullo que sobrepasan al señor de horca y cuchillo. Descendientes (por línea torcida) de aquellos españoles que sufrían el mal del oro, nuestros hidalgos de llave

1. Por los acontecimientos que al final relata, este artículo fue escrito después del 1907. Forma parte de *Anarquía*, obra editada póstumamente por Editorial Ercilla en Chile, 1936.

maestra y gonzúa no tienen más que un solo deseo: juntar dinero. De ahí que habiendo monopolizado el ejercicio de la autoridad, nos hayan dado unas repúblicas de malversaciones y gatuperios, cuando no de oprobios y sangre.

Pero en ninguna de las antiguas colonias españolas resalta más que en Chile esa división de la sociedad en ricos y pobres; en ninguna parte el hombre de levita ve con más desprecio ni trata con mayor inhumanidad al hombre de blusa o de poncho; en pocas palabras, es más dura la dominación. Recurrimos al testimonio de los chilenos. En *La Razón* de Chañaral, número 8, leemos lo siguiente:

“Hemos conocido en Chile, principalmente en los puertos de mar, familias aristocráticas que nacen de tinterillos, abogados, curanderos, despachadores, carpinteros, hojalateros, sastres, cigarreros, zapateros, albañiles, lavanderas y cocineras. Nada tiene de particular que cada cual tenga un oficio; hacemos hincapié en estas últimas proposiciones para buscar pronto el origen de la clase media, la cual es más enemiga de los obreros”.

“Deducimos que la cuna de la burguesía aristocrática laica y la de la clerical se confeccionan en los talleres, en las chicherías y en las pocilgas de lavanderas y cocineras”.

“La clase media de Chile es el producto, pues, de la plebe, la cual tan pronto se educa, toma las maneras cómicas de la aristocracia, aprende como los monos a vestirse regularmente, embriagándose en los humos de la soberbia, del orgullo y de la vanidad y olvidando que sus padres vendían aguachucho por cangalla mineral; vendían percalas por varas, azúcar por cinco, vinos falsificados por litros, velas de sebo por ficha y aún habían sido prestamistas, ladrones al tanto por ciento”.

Por lo transcrito de *La Razón* vemos que en Chile sucede lo mismo que en el Perú: las dos aristocracias de nuevo cuño: “—la del Mapocho y la del Rímac— se igualan en el olvido de su origen y en su poco amor a la clase de donde provienen. Así, Vicuña Mackenna, que fue un mestizo de anglosajón y araucano, llegó a decir que el roto chileno lleva en su sangre el instinto del robo y del asesinato”.

Si el tal Vicuña Mackenna resucitara, se vería muy vacilante para contestar a más de una pregunta. ¿Qué instintos guarda en la sangre la pseudo aristocracia chilena? ¿Son rotos los que se roban el tesoro fiscal y empujan a la nación hacia un cataclismo financiero? ¿Eran rotos los que fraguaron la guerra del Pacífico y desencadenaron sobre el vecino una asoladora invasión de bárbaros? Verdad, el roto hecho soldado se mostró en el Perú tan feroz como el genízaro en Armenia y el cosaco en la China; pero a la cabeza del soldado venía el jefe para excitarle, alcoholizarle y lanzarle al robo, al incendio, a la violación, al asesinato. Y el jefe no hacía la guerra por voluntad propia: obedecía la orden dictada por la clase dominadora.

Esta ferocidad del poseedor chileno la acabamos de ver confirmada en la huelga de Iquique. Ahí se ha manifestado por milésima vez que si las leyes valen algo para solucionar las cuestiones de los privilegiados entre sí, no sirven de nada para zanjar las dificultades surgidas entre pobres y ricos o proletariados y capitalistas; en ese caso, no se admite más ley, más juez ni más árbitro que la fuerza.

No insistiremos en referir la estúpida y cobarde matanza de los peones salitreros (¿quién ignora los sangrientos episodios?) y nos ceñiremos a consignar un hecho muy significativo, pues viene a revelar el estado de alma que se inicia

en los trabajadores. En algunas de las salitreras, a raíz de la horrorosa carnicería, los trabajadores chilenos pisotearon, escupieron y quemaron la bandera de Chile.

Así, pues, las víctimas de los odios internacionales empiezan a no dejarse alucinar por la grosera farsa del patriotismo y a reconocer que en el mundo no hay sino dos patrias: la de los ricos y la de los pobres. Si de esta verdad se acordaran dos ejércitos enemigos en el instante de romper los fuegos, cambiarían la dirección de sus rifles: proclamarían que sus verdaderos enemigos no están al frente.

EL PROBLEMA INDIGENA¹

¿Qué ha pasado en Chucuito? Nadie lo sabe con seguridad. Inútil buscar información en la prensa cotidiana, porque no existe en Lima un solo diario que merezca fe: todos deben ser leídos con desconfianza, principalmente cuando hablan de asuntos relacionados con la política. Así, los diarios de la oposición ven horrorosas hecatombes en bochinchas donde resultan dos o tres cabezas abolladas, mientras las hojas del Gobierno miran una simple bullanga en el motín donde quedaron algunas docenas de cadáveres. Las sanas intenciones, la justicia, la veracidad, en ninguna parte.

No se necesita ser un águila sociológica para decir que desde el arribo de los blancos a las costas del Perú, surgió una de las más graves cuestiones que agitan a la Humanidad, la cuestión étnica: dos razas se ponían en contacto, y una de ellas tenía que vencer, oprimir y devorar a la otra. Dada la crueldad ingénita de los españoles, crueldad agravada con la

1. Artículo publicado en el N° 30 de *Los Perias*, aparecido en noviembre de 1906.

codicia morbosa de los lanzados sobre la América del Sur, ya se comprende lo feroz de la conquista, lo rapaz de la dominación.

Los blancos de hoy y sus aliados los mestizos, no habiendo concluido de eliminar la sangre felino-española, siguen las huellas de Pizarro, obedecen la ley. No siéndoles posible, mejor dicho, no conviniéndoles suprimir al indio ni pudiendo someterle a la esclavitud que hicieron gravitar sobre el desdichado negro, le convierten en animal de carga, en objeto de explotación. Ya les tasajearían a todos ellos, sin dejar uno de muestra, si en el intestino ciego de cada cholo pudieran encontrar una libra esterlina.

No veamos, pues, en la cuestión indígena una crisis provincial y pasajera, sino un problema nacional y permanente: los síntomas locales e intermitentes denuncian el mal de todo organismo, no de un órgano aislado. Con mayor o menor crueldad, con más o menos hipocresía, todos los que ejercen mando contribuyen a perpetuar el régimen de servidumbre. Caciques y gamonales de la sierra oprimen y explotan al indio; pero los encubridores y cómplices de gamonales y caciques están en las Cámaras Legislativas, en los Tribunales de Justicia y en los salones de Palacio. Este Senador y ese Diputado, ese Vocal de la Suprema y ese Juez de Primera Instancia, aquel Ministro y aquel Prefecto, señores todos que parecen tan humanos y tan solícitos en “amparar a los desamparados”, son los mayores culpables, los más dignos de execración y desprecio. Hay mutualidad de servicios: el de arriba protege al de abajo y el de abajo sostiene al de arriba.

En el Perú existen dos grandes mentiras: la república y el cristianismo. Hablamos de garantías individuales, las con-

signamos en la Carta Magna, y el mayor número de peruanos no tienen seguras la libertad ni la vida. Hablamos de caridad evangélica, la predicamos desde el templo masónico hasta la Unión Católica, y vemos impasiblemente la crucifixión de una raza. Nuestro Catolicismo se reduce a un Paganismo inferior, sin la grandeza de la filosofía ni las magnificencias del arte; nuestra forma política debe llamarse una prolongación de la Conquista y del Virreinato.

Y, ¿cómo resolver la cuestión indígena? No seguramente por medio de una revolución política, iniciada por hacendados, mineros, capitalistas, conspiradores de oficio, militares sin puesto en el escalafón ni presupuestívoros en cuaresma forzosa. Maldito lo que a tales hombres les importa la desgracia o el bienestar del indio. Si pudieran escalar el poder, subiendo por una montaña de cadáveres, ascenderían sin el menor escrúpulo ni la más leve conmiseración.

Merecen verdadera lástima los pobres diablos que voluntaria o forzosamente dieron ayer su vida por histriones y malvados como Piérola y Cáceres. La merecerán también los que mañana la sacrifiquen por iguales histriones y malvados que se engalanan hoy con la titiritesca indumentaria de principios añejos y mandados enterrar. Constitucionales y Demócratas, Civilistas y Liberales, todos pueden ir en la misma carreta *para* ser echados al mismo basurero.

Aquí las revoluciones han sido (y seguirán siendo por mucho tiempo) guerras civiles entre conquistadores. Por eso, el indio que tenga un rifle y una provisión de cápsulas debe hacer tanto fuego sobre el soldado que viene a tomarle de leva, como sobre el montonero que pretende arrastrarle a la revolución.

EL SABLE¹

*“Un general, un tonel vacío;
un ejército en marcha, la peste”.*

SWIFT, Viajes de Gulliver.

En nadie se palpa tanto la influencia de la autoridad como en el soldado.

El hábito no hace al monje; pero la casaca influye mucho en la formación del tigre. Con sólo embutir a un hombre en el uniforme militar, ya se le infunde la abyección ante los superiores y el despotismo hacia los subordinados. ¡Qué insolente la arrogancia de un coronel en su roce con el humilde recluta! Pero, ¡qué repugnante la bajeza de ese mismo coronel en presencia del infatuado general! El escalafón de un ejército debe representarse por una montaña donde ascienden hombres que besan las posaderas del que va adelante y son besados en idéntico sitio por el que viene detrás.

Y sin embargo, muchos sociólogos nos preconizan el servicio militar obligatorio como el medio más rápido y más

1. Artículo escrito en 1904. Forma parte de *Anarquía*.

seguro de civilizar a las naciones. Así: en lugar del maestro con el silabario, el caporal con la vara de membrillo; en vez del aula donde se desbroza la inteligencia, el canchón o patio donde se atrofia el cerebro al grado de convertirle en mero propulsor de evoluciones automáticas. Para conocer

la acción civilizadora de los cuarteles, basta comparar al conscripto en el momento de enrolarse con ese mismo hombre al terminar los años de servicio: el que partió honrado, compasivo y trabajador, regresa bribón, inhumano y holgazán. En las poblaciones abunda un tipo de ociosidad y truhanería, un resumen de todos los vicios y nulidades, el antiguo soldado. Una metamorfosis a la inversa, una mariposa transformándose en oruga, nos ofrecería la muestra de un paisano volviéndose militar.

Hace muchos años que el fraile sirve de blanco a poetas burlones y herejes monomaníacos, pero ¿no merece el soldado tantas pullas y denigraciones como el fraile? Un batallón no difiere mucho de una comunidad: un prior y un coronel se distinguen en que el primero masculla oraciones y el segundo vomita blasfemias. Si el uno traduce a duras penas los latines de su breviario, el otro comprende a medias las jerigonzas de su táctica. En depresión moral, por ahí se las ven casacas y hábitos, pues igualmente degradan el cuartel y el convento, dando lo mismo obedecer al badajo de una campana que a los palitroques de un tambor, someterse a las ordenanzas del ejército que a la regla de la orden. Si frailes y militares se igualan en la obediencia pasiva, divergen mucho en las otras maneras de ser. El fraile glotonea, bebe, juega y seduce mujeres; mas el soldado no sólo comete semejante fechorías, sino roba, incendia, viola y mata. El fraile asoma con chorreras de vino y lamparones de caldo gordo; el sol-

dado aparece con manchas de lodo y salpicaduras de sangre. En el portador de cerquillo renace Príapo, en el arrastrador de sable resucita Caín¹. Príapo nos divierte, Caín nos horroriza. Los cerdos tonsurados no causarán nunca el horror que producen las fieras galonadas.

Cierto, del fraile brotan el inquisidor y el guerrillero, como lo prueban Santo Domingo de Guzmán y los monagos carlistas; pero del soldado sale el jesuita, como lo manifiesta San Ignacio de Loyola. Si el hábito enuncia el error, la casaca le sostiene. Sin el apoyo de la fuerza bruta o militar, no se habrían consumado las grandes persecuciones religiosas ni los autos de fe: al lado de inquisidores y verdugos, al pie de la hoguera, estuvo siempre el soldado. Hoy mismo, los sables sirven de puntales a la cruz.

Sólo una perversión moral puede hacernos llamar forajidos a seis descamisados que merodean en los alrededores de una ciudad y héroes a seis mil bandoleros uniformados que invaden el territorio del vecino para arrebatar propiedades y vidas. Lo malo en el individuo lo juzgamos bueno en la colectividad, reduciendo el bien y el mal a simple cuestión de números. La enormidad de un crimen o de un vicio nos le transforma en acción meritoria o en virtud: al robo de millones le titulamos negocio; al degüello de naciones enteras le llamamos hazaña gloriosa. Para un asesino, el cadalso; para un guerrero, la apoteosis. Y sin embargo, el oscuro jornalero que

1. Príapo, según algunos mitos griegos, era una divinidad que participaba del séquito de Dionisos, vinculado como él al ciclo de renovación agrario, a la fertilidad, al vino y a la lujuria. Era adorado en las localidades más rústicas y como característica física poseía, por culpa de una maldición, un desmesurado pene, por el cual era venerado. Caín es, según el relato bíblico, el primer asesino (N. de .E).

suprime a su semejante, ya para vengar una injuria, ya para quitarle bolsa o mujer, no merece tanta ignominia ni castigo como el ilustre soldado que mata veinte o cuarenta mil hombres para adquirir gloria o coger el bastón de mariscal.

Examinando bien las cosas y sin prejuicios tradicionales, ¿qué son Alejandro, César, Napoleón, todos los héroes oficiales que por modelo citamos a la juventud en los manuales de instrucción cívica? Degolladores de reses humanas. Mas, nosotros envilecemos al sacrificador de animales y glorificamos al matador de hombres.

Felizmente, el legendario prestigio de la casaca va desapareciendo. La cuestión Dreyfus ha servido para quitar algunas plumas al grajo, no muy glorioso desde la capitulación de Metz y los fusilamientos de la Comuna. En todas partes surgen espíritus libres que no hallan diferencia entre un Deibler y un Moltke ni entre un Cartouche y un Kitchener. Ya empiezan a causar risa esos famosos generales que pasan muy tiesos por haber trasladado al sombrero de picos las plumas que el salvaje lleva en el taparrabo. Sólo las mujeres, los niños y los papanatas admirarán muy pronto a los sargentones reblandecidos y gotosos.

Cuando el hombre segregue su ferocidad atávica, la guerra será recordada como una barbarie prehistórica, y los famosos guerreros (tan admirados hoy) figurarán en la siniestra galería de las almas rojas, al lado de asesinos, verdugos y matarifes. El cráneo de Napoleón se rozará con la calavera de un gorila, la espada de Kuropatkine yacerá junto a las flechas de un indio bravo.

El cuartel no ha sido ni será una escuela de civilización: es un pedazo de selva primitiva incrustado en el seno de las ciudades modernas.

Toda la ciencia militar se redujo siempre al arte de embrutecer y salvajizar a los hombres: querer civilizar con el sable da, por consiguiente, lo mismo que desmanchar con el hollín o desinflamar con el ácido sulfúrico.

REBELIÓN DEL SOLDADO¹

Hay dos cosas inconciliables, por más sutilezas y argucias que empleemos con el fin de conciliarlas: el internacionalismo y el patriotismo. No tenemos patria, si por igual queremos a todas las naciones; no somos patriotas, si dejamos de preferir un conciudadano nuestro a un lapón, a un francés o a un chino.

El socialismo, a pesar de creerse desvinculado de todas las religiones, se funda en una máxima cristiana: todos somos hermanos. Pues bien, si todos somos hermanos es una verdad grabada en lo más íntimo de nuestro corazón, si por ella debemos regir todas nuestras acciones, tenemos derecho de protestar cuando nos obliguen a violarla para convertirnos en matadores de nuestros hermanos.

La propaganda de los socialistas-internacionalistas, al aconsejar la desertión en caso de una guerra, es la consecuencia más lógica de la doctrina. No lo es la pretensión de

1. Artículo escrito en 1906. Forma parte de *Anarquía*.

algunos socialistas franceses y alemanes al conciliar el internacionalismo con el patriotismo, y la libertad humana con el servicio militar. Semejantes conciliadores nos recuerdan a los teólogos casuísticos y jesuíticos; en teoría, condenan el servicio militar y la guerra; en la práctica, no se oponen a la obediencia pasiva ni admiten la indisciplina o rebelión en el individuo de tropa.

Sin embargo, en la enérgica resolución del recluta, en su rechazo a volverse un simple resorte de la máquina ciega y colectiva, ahí se halla la más pronta resolución del problema. Sólo acabarán los ejércitos y, por consiguiente, las guerras, cuando los hombres no se resignen a sufrir el yugo militar, cuando la mayoría de los llamados al servicio tenga el suficiente valor para rebelarse, invocando el generoso principio de la fraternidad.

Y la protesta en masa o colectiva no puede venir sin haber sido iniciada por una serie de protestas individuales; muchísimos seguirán el ejemplo, cuando algunos empiecen a darle. Algo trabaja por la terminación de las guerras el diplomático bien rentado que urde protocolos en la Conferencia de La Haya; pero seguramente hace más el pobre *dukhobor* que en una estepa rusa rechaza el servicio militar y, antes de faltar a sus convicciones, soporta el *knut*, la prisión y el destierro a Siberia.

LA POLICÍA¹

Taine, filósofo nada revolucionario ni anarquista, escribió: “Como en Francia abundan tanto los gendarmes y los guardias urbanos, nos inclinaríamos a tenerles por más incómodos que útiles. Cuando algunos transeúntes se agrupan en la calle a ver un perro con la pata rota, llega un hombre de mostachos y les dice: Señores, las agrupaciones están prohibidas; dispersaos” (*Philosophie de l'art*). Y todos se dispersan en el acto, como cediendo a la impulsión de un resorte. Quien desee conocer un pueblo sumiso a las órdenes de las autoridades, no visite Rusia, ni Turquía, sino el pueblo de la gran revolución, Francia. Los guillotinos de reyes, los vencedores de la Europa coligada, tiemblan y callan a las intimidaciones de un simple *sergot*. Viéndolo bien, les sobra razón, porque ¡ay del rebelde o sordo!, se le viene encima el *procés verbal* y con el *procés verbal* la multa o la cárcel². Nada

1. Artículo escrito entre 1910 y 1918. Forma parte de *Anarquía*.

2. El *Procés verbal* es un documento judicial que constata la infracción de alguna ley (N de E.).

decimos de *les passes á tabac* o carreras de baquetas¹; algo saben de ello Baudin, Jaurés y algunos otros diputados franceses. No en vano se ha nacido en “el más hermoso reino, después del cielo”.

Según Georges Sand², si los agentes subalternos de la policía infunden odio al servir las pasiones políticas, suelen granjearse la admiración por su buen sentido y su equidad al ejercer las funciones propias de su institución. Cuando la policía —agrega Sand— deslinde sus atribuciones, confundidas hoy por las discordias humanas, cumplirá misión tan paternal en las severidades mismas, que los hombres blasonarán de pertenecer a ella (*La Filleule*). No aguardamos el advenimiento de la era en que los agentes de policía se hayan vuelto ángeles de la guarda ni en que las gentes se enorgullecen de estar enrolados a la más odiosa de las instituciones sociales, a la basada en el espionaje, la delación, el soborno y la tortura, a la encargada de proveer cárceles, penitenciarías, galeras y patíbulos.

Aunque, por efecto de una organización autónoma, la policía lograra constituir el cuarto poder del Estado, no dejaría de ceder al influjo de las pasiones políticas, como obedecen a menudo los Tribunales de Justicia. Difícilmente se concibe sociedad en que el individuo carezca de opiniones y vegete años tras años, ajeno a las luchas de los partidos, guardando su ecuanimidad en las tremendas conmociones

1. *Passes á tabac* o “carreras de baquetas” era un antiguo castigo utilizado en el ejército que consistía en hacer correr a un reo a través de un pasillo formado por una multitud de hombres que lo azotaban con varas y otros objetos (N. de E.).

2. George Sand (1804-1876) fue una prolífica escritora francesa, relacionada con notables figuras del mundo cultural europeo decimonónico, como Víctor Hugo, Gustave Flaubert y especialmente con Frédéric Chopin (N. de E.).

sociales. ¿Acaso el egoísmo sirve de escudo invulnerable? El egoísta vive confiado, en las inmediaciones del torrente; pero, cuando menos lo piensa, el torrente desborda y le arrastra. Como donde respiran hombres actúan pasiones, se hace política en universidades, beneficencias, municipios, cuarteles y conventos; mientras haya Estado y gobiernos, se hará política en toda reunión de ciudadanos, aunque se junten con fines científicos, religiosos, artísticos, humanitarios, industriales, financieros o deportivos. Enfermedad no sólo hereditaria sino contagiosa, la política infecciona el organismo del hombre moderno.

¿Cómo soñar, entonces, en el advenimiento de una institución formada por hombres sin flaquezas humanas? Constituyendo la policía un arma tan poderosa como el ejército, siendo algunas veces el gendarme más útil que el soldado, no se concibe que el político deje de aprovechar de guardas y polizontes. Pero, desligados aun de la política, ceñidos a salvaguardar vida y propiedades, los agentes de la policía imitarán a los carabineros de Offenbach, llegarán siempre tarde. Si evitaran accidentes y crímenes, ejercerían una función humanitaria; pero, generalmente, cuidan de sólo perseguir al malhechor, cuando se estrellan en el inocente. Al asesinado, ¿qué le beneficia la captura ni el enjuiciamiento del asesino? A la mujer violada, ¿qué le remedia el castigo del violador? Vindicta pública, sanción moral, escarmiento..., ¿son algo más que palabras?

II

Desde los primeros años, casi desde la cuna misma, el policíaco amarga y entristece la vida del hombre, que si antiguamente asustaban al niño con diablos, aparecidos y brujas, hoy le amenazan con el guardia de la esquina. Al pasar ante una escuela, muchos pueden regocijarse de haber escapado a la ferúla del magíster, dómíne o pedante; mas, ¿quién vive seguro de terminar el día sin habérselas con un polizonte? Este individuo posee la ubicuidad de la Providencia y la tenacidad de la mosca: no nos deja tranquilos ni a sol ni a sombra. Despiertos y en la calle, vemos a cada paso su estantigua; semidormidos y en nuestra habitación, oímos de hora en hora el silbar de su pito. Ignoramos si muertos y hundidos en el sepulcro, sentiremos el ir y venir de sus botas.

Si en las naciones bien organizadas la policía no merece mucho amor ni mucha simpatía, ¿cómo estimarla en sociedades caóticas y embrionarias? Aquí, en el Perú, desde el Ministro de Gobierno hasta el soplón (sin olvidar a prefectos, intendentes, comisarios, inspectores, guardias ni carcereros), todos valen lo mismo, todos esconden ponzoña de igual virulencia. No sirven para conservar el orden público sino para defender a los gobiernos abusivos; que los presidentes, en vez de entregar ciertos individuos a la justicia, les mandan a ejercer funciones en la policía. El exactor recibe una prefectura; el torcionario, una intendencia; el rufián, una comisaría, etcétera. Corporación tan bien seleccionada, persigue a los adversarios del gobierno, inventa conspiraciones, practica el chantaje, provoca motines, apalea escri-

tores, arrasa imprentas, viola mujeres, tortura presos, hurta lo robado, asesina en los caminos al culpable y al inocente...

No merecen, pues, amor ni simpatía los miembros de semejante corporación, digna de llamarse *maffia* o camorra. Si poseyéramos el instinto lupal de los nacidos para gendarmes o guardias urbanos, exclamaríamos al saber que la bala de un huelguista o de un revolucionario había cogido a un prefecto: ¡bendita bala! Mas no poseyendo tan depravados instintos, condenamos la efusión de sangre y nos satisfacemos con escenas menos trágicas. Así, cuando el señor Guignol empuña una tranca y deja como nuevo al comisario, nosotros aplaudimos y nos regocijamos al vemos en comunidad de sentimientos con los niños, las amas, las cocineras, los sirvientes, los obreros, en fin, toda la ingenua masa popular. Un ¡viva el señor Guignol! pugna por salir de nuestros labios. Así también, cuando un mozo de buenos puños menudea mojicones a un guardia, sentimos deseos de gritar, aunque no sepamos quién tenga la razón: ¡Duro al guardia!

El agente de policía, el funcionario conocido en Lima con el apodo de *cachaco*, representa el último eslabón de la ominosa cadena formada por Ministros de Gobierno, el prefecto, el subprefecto, el comisario, el inspector. Sin embargo, nadie más abusivo, más altanero ni más inexorable que el *cachaco*: hormiga con presunciones de elefante, rabo con orgullo de cabeza. Sigue por ley: bajara ante el superior, altivez con el inferior. Todo humildad ante la gran dama y el gran señor, todo soberbia ante la tímida chola, el pobre negro y el infeliz chino. Nace del pueblo, vive en la intimidación con la muchedumbre, conoce las miserias de los desheredados, y se declara su enemigo implacable. ¡Con qué

satisfacción enrojece su vara en la cabeza de un borracho inconsciente! ¡Con qué regocijo descarga su rifle contra el pecho de un huelguista inerme! ¡Con qué delicia palomea desde una torre al revolucionario vencido y fugitivo! Palpa el odio justo de las muchedumbres, y se venga.

No comprendemos cómo, habiendo tanta manera de ganar honradamente la vida, pueda un hombre afiliarse a la policía. ¿Qué decir del pobre indio motoso, plantado en una esquina y figurándose ejercer una función gloriosa y envidiable? Quisiéramos apercollarle, sacudirle y gritarle: si guardas un resto de pudor y dignidad, si no has perdido el último rezago de vergüenza, sé todo lo que en el mundo pueda ser un hombre, todo, menos agente de policía. Dedícate al oficio más bajo y menos limpio: deshollina chimeneas, barre calles, recoge basuras, guarda cerdos, desatora albañales y conduce abrómicos, porque despidiendo malos olores, chorreando inmundicias, aparecerás menos hediondo y más limpio que instalado en una esquina, con tu vestido caqui, tu gorra blanca y tu vara de la ley.

ANTIPOLÍTICOS¹

Felizmente, en medio de la algarabía formada por intereses mezquinos y rastreros se ha lanzado un grito nuevo, un grito salvador que va repercutiendo en las clases trabajadoras: ¡Guerra a la política!

A más de existir en Lima publicaciones que francamente se llaman antipolíticas, empiezan a tener lugar conferencias o reuniones de índole antipolítica, como por ejemplo, la efectuada en esta ciudad el 19 de mayo.

Diez años ha, una reunión semejante no habría sido posible, tanto por falta de oradores como de público; hoy lo es porque en las agrupaciones obreras han surgido personas conscientes que se afanan por llevar luz al cerebro de sus compañeros, y porque los más ignorantes comienzan a presentir que hay algo luminoso fuera del oscuro subterráneo donde vegetan y mueren.

1. Artículo escrito en 1907. Forma parte de *Anarquía*.

Nada degradó tanto al obrero nacional, nada le sigue envileciendo tanto como la política: ella le divide, le debilita y le reduce a la impotencia, haciéndole desperdiciar en luchas, no sólo vanas, sino contraproducentes, las fuerzas que debería aprovechar en organizarse y robustecerse. ¿Qué han logrado los trabajadores con ir a depositar su voto en el ánfora de una plazuela? Ni elegir al amo, porque toda elección nacional se decide por el fraude o la violencia.

El interés que el político toma por el obrero siempre que estalla un conflicto grave entre el capital y el trabajo, se ve hoy mismo, no muy lejos de nosotros, con los operarios de la Dársena: ¿qué hacen los partidos mientras los huelguistas del Callao luchan por conseguir un aumento de salario o el cumplimiento de obligaciones solemnemente contraídas? Nada; y tiene que suceder así mañana, como sucede hoy, porque una cosa son los intereses de la política y otra cosa los intereses del proletariado.

Aunque se predique la igualdad y la confraternidad, el mundo sigue dividido en clases enemigas que viven explotándose y despedazándose. En los pueblos que más blasonan de civilizados, el cristianismo brota de los labios, mas no llega hasta el fondo de los corazones. Todos son hermanos, pero unos habitan en alcázares y otros duermen al raso; todos son hermanos, pero unos se abrigan con buenas ropas de lana y otros se mueren de frío; todos son hermanos, pero unos comen y otros ayunan. Y ¿a quiénes les toca el papel de víctimas o hermanos desposeídos de su herencia? A los trabajadores.

Ellos son el derecho; ellos son la justicia; ellos son el número; mas, ¿por qué no son el ejército arrollador o la masa de empuje irresistible? Porque viven desunidos; por-

que frente al bloque homogéneo y compacto de los verdugos y explotadores, forman grupos heterogéneos y fofos, porque se dividen y subdividen en fracciones egoístas y adversas.

Uno de los grandes agitadores del siglo XIX no cesaba de repetir: Trabajadores del mundo, uníos todos. Lo mismo conviene decir a todas horas y en todas partes, lo mismo repetiremos aquí: Desheredados del Perú, uníos todos. Cuando estéis unidos en una gran comunidad y podáis hacer una huelga donde bullan todos —desde el panadero hasta el barredor— ya veréis si habrá guardias civiles y soldados para conteneros y fusilaros.

EN EL AÑO 2200¹

Creemos que en el siglo XXI o XXIII (cuando el inglés haya sucedido al quechua y el antiguo Imperio de Manco forme parte de los Estados Unidos) algún amigo de antiguallas y conocedor de la lengua castellana podrá leer en el libro de un historiador imparcial:

“...En el huano de las islas y en el salitre de las playas tuvieron los peruanos un asombroso venero de riqueza que habría podido convertirles en una de las naciones más prósperas y felices; pero la riqueza, en vez de servirles para su bien, les produjo guerras exteriores y contiendas civiles. Por el salitre y el huano, Chile les declaró una guerra de asalto y conquista; por el huano y el salitre, se acostumbraron los hombres a improvisar fortunas colosales, menospreciar el trabajo honesto y vivir en el ocio de los cargos públicos.

1. Texto aparecido en *El tonel de Diógenes*, obra póstuma editada en 1944 por Alfredo González Prada y Luis Alberto Sánchez.

Bastaba a un pobre diablo estampar una firma, para acostarse millonario habiéndose levantado mendigo.

“Siendo ricos, poseyendo una población de tres o cuatro millones, fueron ignominiosamente vencidos por Chile, nación pobre y con menor número de habitantes. En la guerra de 1879, los peruanos perdieron no sólo el salitre y el huano, sino también una gran parte de su territorio; pero ni la derrota, ni la mutilación, ni el ultraje, ni el azote, nada les sirvió de escarmiento ni de lección: en lugar de fortificarse para evitar los sucesivos ataques del enemigo ausente, se debilitaron para facilitar las nuevas conquistas. Cayeron en la más necia de las ilusiones en que puede caer un pueblo: en figurarse que la salvación les vendría de algún amigo desinteresado y generoso: por eso adularon a Bolivia, por eso lamieron humildemente los pies de la Argentina. ¿Cómo era posible dignidad y nobleza en nación caída tan abajo?

“En el Perú del siglo XIX, en esa Cartago sin Aníbal, en esa monarquía mercenaria con ínfulas de República, reinaban los presidentes, gobernaban los Dreyfus y los Grace. Ahí no había más sed que la sed del oro, ahí no había más idea que locupletar el vientre: la conciencia de todo político se vendía, la pluma de todo escritor se alquilaba. Los hombres inteligentes eran pícaros, los honrados eran imbéciles. Hoy no podría citarse el nombre de un individuo que merezca llamarse honrado; porque no se consideraba cosas indignas el asaltar la riqueza pública, traicionar a sus convicciones ni traficar con la honra de sus propias familias. Hubo un tal Meiggs, un negociante convertido en millonario gracias a los contratos leoninos con el Gobierno; pues bien, las hermanas, la esposa y las hijas iban a prostituírsele. ¿Qué era el Poder Judicial? almoneda pública, desde la Corte Suprema

hasta el Juzgado de Paz. ¿Qué los Congresos? agrupaciones de mala ley, formadas por los familiares, los amigos, los paniaguados y los domésticos de los Presidentes. ¿Qué las autoridades políticas, desde el Gobernador hasta el Prefecto? torsionarios que encarcelaban, flagelaban, violaban y fusilaban. ¿Qué el pueblo?, una especie de animal doméstico y castrado que tanto sufría el azote del soldado chileno como el palo de la autoridad peruana. Invadía y petrificaba los corazones una religión grosera, primitiva y más digna de gorilas que de gentes civilizadas, pues no les servía de freno para los vicios ni de estímulo para la virtud: en los hombres, la chulería y el alfonsismo; en las mujeres, el fanatismo y la concupiscencia...”

EL PROGRAMA DEL GENERAL¹

I

Antes de la guerra con Chile, asistimos al lanzamiento de una candidatura presidencial. A pesar de los años transcurridos, recordamos los sucesos como si ayer les hubiéramos presenciado. Candidato, uno de nuestros invencibles generales; día, un domingo; hora, las 3 p.m.; lugar, el teatro.

Penetramos en el edificio, pocos minutos después del General, cuando éste había recorrido ya la población al frente de unos quinientos partidarios, en medio de vivas y cohetes, a son de una banda que atronaba los aires con el Ataque de Uchumayo. Fácilmente conseguimos asiento en un palco de segunda fila, entre obreros y estudiantes.

Cierra el escenario un venerable telón rojizo donde se destaca por encima de las nueve musas un Pegaso de alas

1. Publicado en *El Imparcial* de Lima, en 1909. El autor relata un suceso verídico, presenciado por él en el antiguo Teatro Principal de Lima: el candidato aludido es el general Ramón Vargas Machuca, padrino de confirmación de González-Prada (Nota Editorial Horizonte).

blanqueadas y cuerpo color Isabel. Cintas y banderas se cruzan y se enlazan con tal profusión que los asistentes parecemos abrigados en una selva de lianas multicolores. Como la sala se alumbra únicamente por un amago de luz tamizada por los vidrios terrosos de una farola central, reina una claridad difusa y melancólica, una especie de aurora tísica y anémica. A veces, algunos rayos de Sol violan las rendijas de una puerta mal cerrada y van a clavarse en las personas y los objetos, como un manojo de saetas inflamadas. Hombres y cosas ofrecen un aspecto raro y fantasmal en el semicrepúsculo de un día que no es día o en la semiobscuridad de una noche que no es noche. Relampaguea la llamarada de un fósforo encendido por algún fumador impaciente; a traquidos leves siguen ligeras fulguraciones y tenues bocanadas de humo.

El patio hierve de jóvenes (el General tiene predilección por la juventud) sin que falten algunos viejos; así, los cráneos desnudos en medio de cabezas frondosas, semejan copos de espuma en el oleaje de un mar negro. Los palcos rebosan de esos elegantes y correctísimos señores que entre una venia y un apretón de manos despabilan el reloj o el portamonedas; y también de aquellas amables señoras que envueltas en su manta de Cachemira, acuden sin miedo a los sitios donde los caballeros tímidos y vergonzantes se vuelven emprendedores y atrevidos. La cazuela reúne la flor y nata de la reunión; ahí se aglomera el pueblo entusiasta y generoso, ahí rebullen esos bravos electores que por un sol llevan en hombros a su candidato y por otro sol le descrisman de una pedrada.

Detrás del telón, y como en mundo lejano, menudean los ruidos de pasos, los arrastramientos de muebles y las

voces de: “— ¡Pongan los candeleras!— ¡Traigan la poltrona! — ¡No se olviden de la campanilla! — ¡Llenen de agua la botella!” a la vez que en el patio y la cazuela se inician los moscones, los tosidos, los pataleos, los bastonazos y los gritos de animales. Por atavismo, algunos ladran como perros, maúllan como gatos o rebuznan como borricos. Estallan los dicharachos, los diálogos calurosos, las interpe-laciones a distancia. Un lechuguino de la platea dice a una mozueta que melosamente se abanica en un palco de reja: “— ¿Cómo está el Nuncio?”. La mozueta responde con una obscenidad, y toda la concurrencia prorrumpe en una carcajada. Un chico llora en los ocultos, y diferentes opiniones hacen coro al lloriqueo: “— ¡Siéntese encima! — ¡Denle seis azotes! — ¡Que el General le traiga la mamadera!”.

Llega momento en que el número de fumadores se multiplica desvergonzadamente: a una llamarada responden cien llamaradas, a una humareda, cien humaredas, de modo que la platea concluye por simular un hervidero de flamerolas, una continua aparición de fuegos fatuos. Un calor glutinoso nos derrite, una atmósfera tabernaria nos asfixia. Excitados por la demora, nerviosos, los más pacíficos sienten que el asiento les empuja, experimentan ganas de moverse, gritar y reñir. Como a los chillidos zoológicos sucedieron las insolencias, así al humo del cigarro y a las respiraciones alcohólicas siguen todas las suciedades y todos los hedores de la bestia humana, del animal colectivo.

Felizmente, resuenan tres golpes, y el telón sube con lentitud solemne en medio de mil aclamaciones de regocijo.

II

Una larga mesa rectangular, cubierta de paño verde, cierra casi toda la embocadura del proscenio. Dos candelabros de seis luces, una escribanía de plata, una campanilla de metal amarillo, una botella de agua, dos vasos y muchos, muchísimos papeles, rompen la monotonía del trapo verde.

Entre la mesa y el telón de foro se destaca el General, rodeado por unas diez o quince personas. Es un hombre de más o menos sesenta años, corpulento, gordo, muy blanco y de fisonomía tan opaca o indefinible que a través de las facciones no se lee nada bueno, ni se vislumbra nada malo. Ofrece una peculiaridad: en la cabeza no guarda un solo pelo, mas conserva un par de bigotes largos, espesos y negrísimos; así que los dos bigotes negros en la cabeza blanca parecen dos alas de cuervo prendidas en un saquete de harina.

Muchos aplausos. El General y sus compañeros se sientan. El público enmudece, como tocado por un resorte. La teoría de los oradores empieza el desfile.

Un estudiante de la Universidad (presunto secretario de prefectura) después de discurrir por media hora y comentar la opinión de Lerminier sobre la guerra, preconiza la unión de la toga con la espada, y termina asegurando que “el ángel tutelar de la Patria había cubierto con sus alas el ancho y noble pecho del General, para que no le hirieran las balas, en previsión de que un día la banda presidencial cruzaría ese ancho y noble pecho”.

Un hojalatero (seguro candidato a la suplencia de la senaduría por Lima) se duele del ningún apoyo que los gobier-

nos prestan a las industrias nacionales, denuncia la ruinoso competencia ocasionada por la introducción de cafeteras y anafes alemanes, y se regocija al pensar que la clase obrera sale al fin de su letargo, lanzándose a la lucha porque está segura de vencer, gracias al amor manifiesto del General hacia los trabajadores. El buen hojalatero ve a lo lejos una espada, convertida en martillo, aplastando las cafeteras y los anafes abarrotados en los almacenes de la República.

Un doctor en leyes (secretario del General y probable Ministro de Gobierno) toma la palabra. A los cuarenticinco minutos de hablar, se interrumpe exclamando: “—Pero, señores, he prometido ser breve y lo cumplo. No seguiré defraudando a este nobilísimo auditorio el placer de oír a nuestro digno candidato. Vais a escuchar, no el acento melifluido de un orador académico, sino la voz ruda y franca del soldado. Sus palabras no vibrarán en nuestros oídos como susurro de abejas ni como suspiro de brisas: tronarán como estampido de cañones, como golpe de espadas en el fragor del combate”. Y volviéndose al General: “Héroe de las cien batallas, el generoso pueblo de Lima está pendiente de vuestros labios: probadle que vencer con el hierro no impide iluminar con la elocuencia”.

El General se pone de pie. Concluida la inevitable salva de aplausos, reina un silencio tan profundo que se habría sentido el salto de una pulga. El héroe de las cien batallas, extiende el brazo derecho, abre la boca y permanece mudo, como si una persona invisible le hubiera hipnotizado: no recuerda jota del discurso-programa, sin embargo de haberle sabido, merced a un estudio de veinte a veinticinco días. En vano tose, garraspea, se ensancha el cuello postizo y se rasca el parietal izquierdo, tratando de cosechar ideas en donde

no se había dado la pena de sembrarlas. Rebusca en levita, chaleco y pantalón, a caza del original para leerle, ya que no podía recitarle; pero el maldito papel se había quedado en un bolsillo de la ropa casera.

Ya principian las tosecitas, el runrún, los cuchicheos y las risotadas; ya los miembros de la mesa ponen cara de entierro; ya el secretario bebe hiel y suda vinagre, cuando el General tiene un arranque “demosténico”, “ciceroniano”, “dantonesco”:

—En fin, señores, mi programa se reduce a escuelas y villas de comunicación, presupuesto y honradez, todo para los amigos y palo para los pícaros. ¡Palo, palo y palo!...

El General (para quien adversario y pícaro eran sinónimos) no logró ceñirse la banda; pero obtuvo un merecido triunfo oratorio y condensó en breves líneas el programa que han seguido — y siguen hoy mismo — los gobiernos del Perú.

IMPRESIONES DE UN RESERVISTA¹

En 1880, cuando se organizó la Reserva, fui nombrado capitán de una compañía en el batallón número 50, perteneciente a la novena división mandada por don Bartolomé Figari. Mi coronel era don Federico Bresani, hombre de negocios como el señor Figari. Bajo la Dictadura de 1879, los paisanos ejercían las funciones reservadas a los militares.

Dos o tres veces por semana, los oficiales del 50 recibíamos instrucción militar. Un profesional nos enseñaba la Táctica del Marqués del Duero, o, mejor dicho, la aprendía con nosotros. Diariamente, nuestra división practicaba ejercicio en la Alameda de los Descalzos y en el camino a la huerta del Altillo. A las tres de la tarde sonaban algunos campanazos en la Catedral, y toda la Reserva se ponía en movimiento. En ventanas y balcones se instalaban las muje-

1. Texto aparecido originalmente en el periódico limeño *La capital* en 1915. Póstumamente fue reeditado y profusamente ampliado para formar parte del *Tonel de Diógenes*.

res para ver desfilar a los reservistas, y los reservistas desfilaron con aire marcial y conquistador. Los uniformes azules con visos blancos y las espadas con puño de metal amarillo pasaban en triunfo, bajo la mirada y la sonrisa de las mujeres. Yo, que nunca pude tomar a lo serio los entorchados y que nunca supe medir la distancia del uniforme a la librea, iba cubierto de un sobretodo gris.

A los pocos meses de ejercicio, nuestros *cachimbos*¹ practicaban satisfactoriamente las evoluciones de batallón: hombres despiertos, dóciles y de buena voluntad, no cometieron ninguna insubordinación ni el más leve acto reprehensible. Cundía en la Reserva el deseo de rivalizar con la tropa de línea, desacreditada por las derrotas de San Francisco y Tacna.

Como una sola vez hicimos ejercicio de fuego, la mayor parte de los soldados ignoraba o no conocía muy bien el manejo del rifle. El fogueo se verificó en la Pampa de Amancaes, donde se consumió más sandwiches y licores que pólvora y plomo.

Oficiales y soldados fuimos muy exactos en asistir al ejercicio mientras parecía dudoso el ataque a la ciudad; pero desde el día que los invasores desembarcaron en Pisco, el animoso entusiasmo de los reservistas empezó a decaer y siguió decayendo hasta degenerar en un amilanamiento indecoroso. Abundaban los rostros pálidos y las voces temblorosas. Las primeras en amilanarse fueron las “personas decentes”: ellas, con sus figuras patibularias y sus comen-

1. Los cachimbos son en el Perú los que se inician en los estudios superiores, por lo tanto, los principiantes, novatos, inexpertos, como los mechones en Chile (N. de E).

tarios fúnebres, sembraron el desaliento en el ánimo de las clases populares. Difundido el miedo y perdida la vergüenza, los hombres se guarecían en las legaciones, en los conventos y en sus propias casas. Hubo necesidad de traerles por la fuerza. Un día, arrogándome facultades supremas, ordené a un sargento que, al mando de una comisión del 50 y sin respetar domicilios ni guardar consideraciones de ninguna especie, “recogiese a la gente”, fuera o no fuera de nuestro batallón. El sargento —don Manuel José Ramos y Larrea— logró traer a muchos; pero no a todos. Regresó narrando cosas inauditas: algunos, al saber la llegada de los comisionados, se fingían enfermos y apresuradamente, sin haber tenido tiempo de quitarse la ropa, se metían en cama; hubo quien, vestido de mujer, se dolía de las muelas y con un barboquejo trataba de esconder mostacho y barbas.

Las esposas, las madres y las hijas se mostraban heroicas en la defensa de sus esposos, de sus hijos y de sus padres. Insultaban a los comisionados, les amenazaban y aun les acometían: en una ocasión, el sargento recibió un tremendo escobazo. Algunos años después, Ramos y yo nos reíamos al recordar el chichón levantado en su cabeza por el palo de escoba. Mas, no todas las hembras carecieron de virilidad espartana: una mujer del pueblo extrajo del escondite a su hombre o su marido y le entregó diciendo:

“¡Llévense a este maricón!”

Con la deserción, no sólo de los soldados sino de los oficiales, los tres batallones de la novena división quedaron reducidos a uno, y yo di el salto de capitán a teniente coronel y segundo jefe del 50. Si la batalla de San Juan se hubiera librado en junio, yo habría concluido por ascender a general de brigada o jefe de estado mayor. A fines de

diciembre, los restos de la novena división recibieron orden de acuartelarse en el convento de San Francisco; mas no lo efectué yo porque al intentarlo me dijeron que otra persona había sido nombrada en mi lugar.

Algunos días estuve indeciso, no sabiendo qué resolución tomar, cuando recibí orden verbal de constituirme en la batería del Pino, como jefe de la guarnición. Mi coronel había creído prestar mejores servicios alistándose en la Cruz Roja. Muchos pensaron lo mismo.

II

El cerro del Pino está situado a unos dos kilómetros al sur de Lima. Mandaba la batería el capitán de navío don Hipólito Cáceres. La guarnición sumaba unos ciento cincuenta o doscientos hombres pertenecientes a la Reserva, quiere decir, a los batallones enrarecidos y quedados en cuadro: formaba un curioso abigarramiento, donde capitanes y mayores habían descendido al rango de soldados. A la guarnición de reservistas se agregaban unos cuantos oficiales de marina y algunos marineros destinados al servicio de los cañones. No faltaban militares de toda graduación: hasta dos o tres coroneles. De éstos, unos dormían en el Pino, otros se iban al cerrar la noche. Ignoro para qué vinieron ni quién les mandó.

El Pino contaba con cuatro piezas: dos buenos cañones Vavasseur que habían pertenecido a la corbeta Unión y dos cañones de montaña.

III

Al amanecer del 13 de enero un cañoneo lejano me anunció la batalla. Veía fogonazos, oía descargas de rifle, sin darme cuenta precisa del combate. Los chilenos atacaban por la izquierda: nada más podía percibirse.

Aclarado el día, disminuyó el cañoneo, mas las descargas de fusil me parecieron aumentar y extenderse en dirección a Chorrillos. Noté que por nuestra derecha, en el morro Solar, se combatía.

¿Qué había pasado? A las nueve o diez de la mañana me convencí de nuestra derrota. Por las inmediaciones del Pino huían soldados dispersos en dirección a Lima. Decidimos detenerlos y engrosar la guarnición de nuestra batería. Varias comisiones salieron a cumplir la orden; mas hubo necesidad de suspenderla para evitar una serie de luchas armadas: los dispersos acabaron por defenderse a tiros. Habría convenido ametrallarles desde los fuertes. Los persas tenían razón de poner a retaguardia de sus ejércitos grandes masas de caballería para detener, chicotear y empujar a los fugitivos.

Los pocos dispersos recogidos y llevados al Pino ofrecían un aspecto lamentable. Algunos pobre indios de la sierra (morochucos, según dijeron) llevaban rifles nuevos, sin estrenar; pero de tal modo ignoraban su manejo que pretendían meter la cápsula por la boca del arma. Un coronel de ejército se lanzó a prodigarles mojicones, tratándoles de indios imbéciles y cobardes. Le manifesté que esos infelices merecían compasión en lugar de golpes. No me escuchó y quiso seguir castigándoles.

— Si pone usted las manos en otro soldado, le dije, tendrá usted que habérselas conmigo.

— Soy, me contestó, un coronel de ejército y usted es un *cachimbo*.

— Si fuera usted un militar de honor, le repliqué, no se hallaría en la Reserva, sino batiéndose con la tropa de línea.

Refunfuñando me volteó la espalda. Como momentos después nos viéramos cara a cara, me dijo, poniéndome la mano en el hombro:

— Amigo, no hay que sulfurarse...

Nuestros cañones hicieron seis u ocho disparos: uno cayó en un pelotón de caballería chilena, otro en una batería instalada en un montículo. Poseía yo un buen antejo, y habiéndome colocado tras de una de las piezas, podía seguir la trayectoria del proyectil. Si no recuerdo mal, dirigía los disparos el marino don Manuel Elías Bonnemaïson. Cuando sentíamos más deseo de seguir bombardeando al enemigo, recibimos orden de suspender los fuegos.

Pasé la mayor parte de la noche sin dormir. Ni del campo ni de la ciudad venía el menor ruido: sobre la carnicería se desplegaba la serenidad imperturbable del firmamento. En medio de un silencio trágico, observaba yo con mi antejo el lejano incendio de Chorrillos; la belleza de las enormes llamaradas sanguinolentas me hacía olvidar el origen del fuego. De vez en cuando unos como polvorazos y explosiones subían más arriba de las llamas, iluminando el horizonte. Fatigado de rondar, me había sentado en una gran piedra y empezaba a dormir, cuando sentí en la mano el roce de algo húmedo y frío: era el hocico de un perro. ¿De dónde venía ese animal?

El 15, nos hallábamos reunidos los oficiales cuando una descarga de fusilería nos anunció el ataque de los chilenos a los reductos de Miraflores. Algunos oficiales, cogidos de

pánico, huyeron a todo escape, bajando el cerro con una agilidad de galgo. Quise ordenar que se les hiciese fuego, mas el jefe del fuerte me lo impidió:

“Deje usted que los cobardes se vayan”, me dijo.

Era día de un sol magnífico. A pesar de los años transcurridos, veo las masas de tropas chilenas embistiendo los reductos, retrocediendo y volviendo a embestir, por tres o cuatro veces. Diviso aún los reflejos de espadas blandidas por oficiales para detener y empujar a los soldados. Más de un momento me figuré que los enemigos huían en completa derrota; pero desgraciadamente observé que el último reducto de nuestra derecha había sido flanqueado y que algunos batallones de la Reserva eran palomeados en la fuga.

Al llegar la noche, todos habían abandonado el Pino, así la tropa como los oficiales. El jefe, antes de seguir el éxodo general, nos encargó a don Eduardo Lavergne y a mí inutilizáramos los cañones.

Sólo quedamos en el fuerte, Lavergne, don José María Cebrián, un hijo de Bolognesi (Federico) y yo. De cuando en cuando sentíamos ruidos que se acercaban a nosotros y se hacían más sensibles en la falda del cerro.

— ¿Quién va?, preguntábamos.

— Batallón número tal de la Reserva, nos respondían.

— ¿Completo?

— Completo.

A las dos de la mañana destruimos los cañones, valiéndonos de la dinamita. Nos encaminamos a Lima: nada había que hacer en el fuerte. Entramos cinco, pues se nos había juntado don Manuel Patiño Zamudio después de batirse en un reducto. Al atravesar la población corrimos algún peligro: dos o tres veces nos hicieron fuego. Ignoro si la guardia

urbana, por creernos malhechores o algunos dispersos, por simple mala fe o la pesada broma de asustarnos. No respondimos. Yo iba perfectamente armado: con mi espada, mi revólver y mi Winchester de quince tiros.

No vi los saqueos de los chinos, y pienso que los autores no fueron los reservistas de Miraflores a quienes pocas horas antes había yo visto desfilar disciplinados y con sus efectivos completos. Saquearon los emboscados, los que no salieron a combatir.

Concluiré con un incidente personal. Me encerré y no salí de mi casa ni me asomé a la calle mientras los chilenos ocupaban Lima. Cuando supe que la habían abandonado, quise dar una vuelta por la ciudad. Pues bien, a unos cincuenta metros de mi casa me encontré con un oficial chileno: había sido mi condiscípulo, mi mejor amigo en un colegio de Valparaíso. Al verme, iluminó su cara de regocijo, abrió los brazos y se dirigió a mí con intención de estrecharme. Yo seguí mi camino como si no lo hubiera reconocido.

PAZ Y CONCORDIA

Tiemblen al beso del sol y de la aurora los lirios del campo
Y las olas envíen su suave fragancia.

Vibren al soplo de amor y justicia los pueblos del mundo,
Y alcen canciones de eterna concordia.

¡Paz a los hombres! A siglos de guerra, de sangre y horrores,
Siga la aurora de un sol sin ocaso.

Domen las almas el pérfido instinto de lobos y hienas,
Corten las manos sus garras de tigre.

No hay fronteras, y en pueblos sin leyes, altares ni tronos
Sean los hombres amigos y hermanos.

Pueblos del mundo, romped las espadas, rasgad las banderas;
Cesen rencores de tribus y razas.

¡Lancen los pechos el himno glorioso de paz y concordia!
¡Caiga la lluvia de flores y abrazos!

ÍNDICE

- 9 NOTA EDITORIAL
- 13 COSMOPOLITISMO
- 15 PERÚ Y CHILE
- 27 LAS DOS PATRIAS
- 31 EL PROBLEMA INDÍGENA
- 35 EL SABLE
- 41 LA REBELIÓN DEL SOLDADO
- 43 EL PROGRAMA DEL GENERAL
- 49 LA POLICÍA
- 53 ANTIPOLÍTICOS
- 57 EN EL AÑO 2200
- 63 IMPRESIONES DE UN RESERVISTA
- 71 PAZ Y CONCORDIA

BIBLIOTECA DE DIVULGACIÓN ANARQUISTA

Sabemos que el origen de la idea anarquista es difícil de situar en un lugar y momento exactos. Pese a esto, también somos conscientes de que sus fuentes se hunden entre el pueblo. Su saber es popular, jamás el bien exclusivo de unos pocos. Su principio es que del aprendizaje común, mutuo y libre surgirá la emancipación de todas y todos, sin guías, sin futuros tiranos. Socializando el conocimiento, construyendo nuestra libertad.

El lenguaje anarquista es pensamiento libre y audaz. Se manifiesta a través del cuerpo, del arte, de la protesta y, sobre todo, de la palabra. En el universo de las letras, los códigos de la anarquía son infinitos. Sus límites no son marcados por ningún sabio, ni se dejan arrastrar por la tormenta informática del Poder. Palabras que circulan a través de múltiples voces, impregnando cada una de ellas su propio color.

Biblioteca de Divulgación Anarquista es una colección sin calendarios, ni programación. Se encuentra inmersa en el amplio imaginario que han cultivado las generaciones anarquistas a través de los tiempos y a lo largo del globo. Su estantería busca multiplicarse en las tierras ácratas del saber, donde el fuego que agitaba las fuentes de la anarquía aún se transforma en fuerza creadora.

Más información en:

www.eleuterio.grupogomezrojas.org

eleuterio@grupogomezrojas.org

EROSIÓN

Revista de pensamiento anarquista

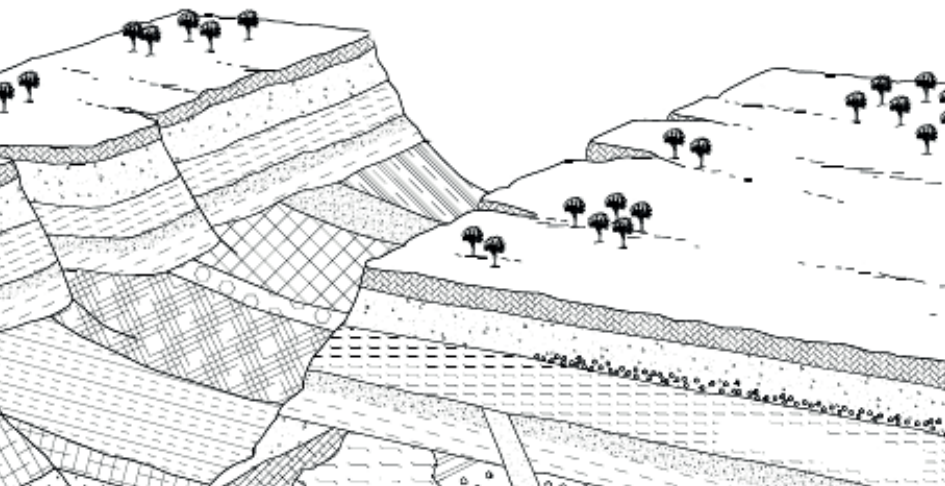
Revista Erosión es un proyecto del Grupo de Estudios José Domingo Gómez Rojas, iniciativa que reúne a individuos de disciplinas diversas enfocados al estudio de las ideas anarquistas.

La publicación, en este sentido, tiene como propósito ser un espacio que incentive el debate y estudio en torno al pensamiento anarquista y sus distintas expresiones y aplicaciones, así como invitar e incitar al trabajo serio tanto en lo investigativo como en lo práctico.

Reconociendo que en el trasfondo del anarquismo teoría y práctica son idénticos, el desarrollo teórico permite plantear problemas y proyectos en el siglo XXI, y, con ello, entregar fundamentos a prácticas actuales y futuras que contengan la comprensión de la anarquía a través de los tiempos y su realización en la época que nos ha tocado vivir.

CONOCE Y DESCARGA SUS NÚMEROS:

<http://erosion.grupogomezrojas.org>





Este libro fue proyectado desde la imaginación
sin fronteras de Artes Gráficas Cosmos.
Está compuesto por la familia tipográfica Roboto en los
títulos y Adobe Garamond Pro en los cuadros de texto.
La presente edición se lanzó el 19 de septiembre de 2016,
día de las Glorias Militares, en Santiago de Chile.

“De veinte años a la fecha, desde las victorias de Prusia, el mundo europeo tiende a convertir sus hombres en soldados y sus poblaciones en cuarteles. A la plaga de los individuos —el alcoholismo— responde la peste de las naciones —el militarismo—. Nadie se pregunta si habrá conflagración universal, sólo se quiere adivinar quién desenvainará la espada, dónde será el campo de batalla, qué naciones quedarán arrolladas, pisoteadas y pulverizadas. Todos aguardan la crisis suprema, porque saben que los bebedores de sangre sufren también sus ataques de *delirium trémens*”.

La voz de Manuel González Prada (1844-1918) sacude nuestros corazones, como poderoso viento vital que proviene de un lejano mundo de armonía y concordia.